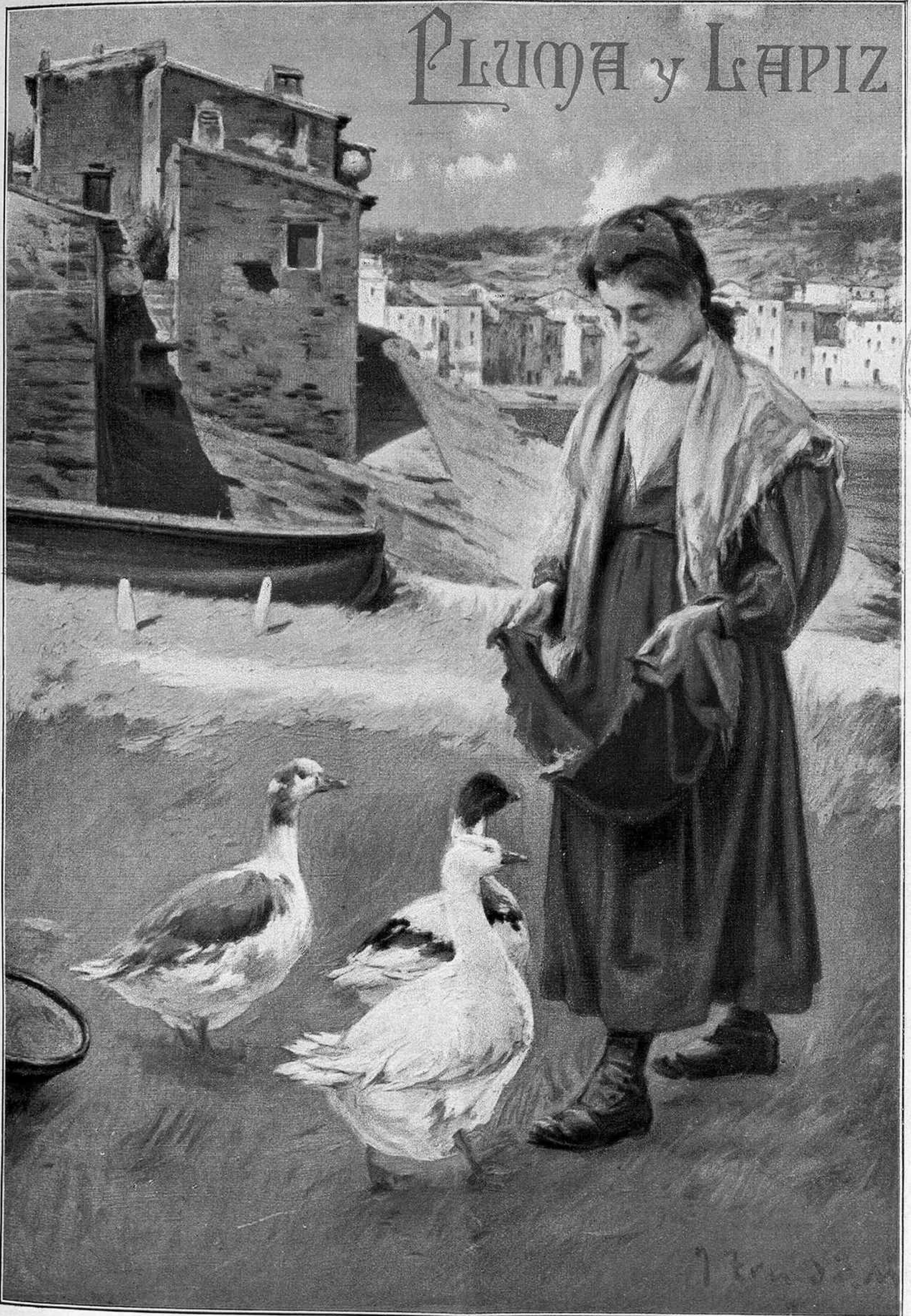


PLUMA y LAPIZ



BIBLIOTECA
MUSEO DE
MADRID



Orla de R. Costa.

DE ENRIQUE HEINE

Gatazos negros miedo me inspiran;
gatitas blancas mi tierra son;
yo quise á una como á mis ojos,
y tal arañó me dió, la pérfida,
que aún brota sangre mi corazón.

LA MUJER

Ella de Judas no inventó el beso
que á Jesucristo sacrificó;
ni su alma, al miedo prestando acceso,
fué ella el Apóstol que lo negó.

RICARDO PALMA

Lima.

¡CARICATURAS!



Luis Barrillón, el conocido fondista graciense que de algún tiempo á esta parte goza el privilegio de detener al público ante el escaparate de su establecimiento de la calle Mayor, no ceja en su habilidosa y original tarea, cada día más perfeccionada, de imitar cuadros artísticos y de presentar plásticamente inge-



Para que se comprenda el mérito de tales caricaturas, hemos de enumerar en detalle sus partes componentes. En la primera, la cabeza y manos son de zanahoria; los ojos están formados por agujas negras y gotas de esperma; la levita es un calabacín; los brazos y piernas se imitan por medio de habas secas; los pies son de brócoli; el fagín es una cápsula de botella de vino y la mesa un tronco de brócoli. En la segunda, la cabeza y manos son también de zanahoria; forma el cuerpo un pimiento colorado; cada pie es medio rabanillo; los ojos, al igual que en la anterior, se imitan con agujas negras y gotas de esperma; los brazos y piernas, con habas; el organillo es de jabón y el cilindro un corcho de botella, lo propio que la pande-reta; se imitan los cabellos con crin de maíz; constituye la pierna postiza una caña de escoba y forma el casquete un pimiento colorado.

Aparte de que se requiere mucha inventiva y no poca destreza para sacar partido de objetos tan nimios, heterogéneos y antiestéticos, el señor Barrillón está dando elocuentes pruebas de una laboriosidad no común; pues con los trabajos del mismo género



niosos asuntos de actualidad, no utilizando para ello otros elementos que los de que se vale el cocinero de su casa para condimentar los platos de consumo ordinario, dignos, dicho sea sin adulación, de un restaurant de primer orden.

Con legumbres y hortalizas, con tubérculos y crustáceos, con las materias más vulgares de uso doméstico, el bueno de Luis, sintiendo á su manera el arte y consagrándole sus ratos de ocio, realiza verdaderas maravillas que, expuestas en dicho escaparate, producen general alborozo á la par que entusiasta admiración.

En el terreno de la caricatura, es donde más brilla su original talento, como lo prueban los dos personajes reproducidos, sin nombrarlos, en esta página y que seguramente conocerán nuestros lectores al primer golpe de vista; merecedor de todo respeto el uno, por el acierto con que desempeña su elevado cargo, y diversión el otro de los chiquillos callejeros, por su facha risible y los conatos musicales con que taladra los oídos del transeunte al solicitar su limosna.

que lleva ejecutados hasta la fecha, podría formarse una exposición numerosa é interesantísima.

Nos complacemos en enviarle por segunda vez, la más cordial enhorabuena.



UN LANCE

TENDIDO, más que sentado, en un diván del aristocrático *club*, Felipe contemplaba indolentemente cómo se disipaban las azules nubecillas de humo que de su habano desprendíanse, para desaparecer entre los arabescos del artesonado. Felipe había perdido una buena cantidad de *luis* al *golfo*, y cuando vió sus bolsillos exhaustos, retiróse filosóficamente de la *sala del crimen*, á descansar de sus fatigas en la cómoda posición en que le vemos. Eran las cuatro de la mañana.

Súbitamente, abriendo con brío la mampara del salón, entró como un torbellino Paco Mieres, con el *macferland* desabrochado, el frac descompuesto, el nudo blanquísimo de la corbata medio deshecho sobre la reluciente pechera...

—¡Felipe! — exclamó con voz entrecortada por la emoción y la fatiga. — En tu busca vengo... ¿Tienes inconveniente en servirme de padrino?

—¿Qué es eso? — dijo el otro con mucha flema, sin dejar de seguir con la vista el humo del cigarro. — ¿Piensas casarte por sorpresa, según la prisa que tienes?

—¡Qué sorpresa ni qué calabazas! Déjate de bromas y respóndeme con seriedad.

—Entonces se trata de un duelo, porque tú debes estar bautizado, aunque nunca me pareciste muy católico... Cuenta, hombre, cuéntame tus cuitas, y ten por seguro que mi amistad no ha de faltarte para nada.

—No sé si estarás enterado de mis relaciones con *Fifi*, aquella *chanteusse* francesa que *saqué* del Japonés hace dos meses...

—Sí, ya sé; *la gata rubia*, como la llamábamos nosotros...

—Bueno: pues figúrate que esta noche he estado á hora poco frecuente en su casa (un hotelito muy mono del barrio de Pozas, que me cuesta un sentido) y... ¿á que no sabes con quién estaba la muy... golfa?

—Con don Tancredo...

—¡Vaya! O hablamos en serio ó me largo; no tengo humor de cuchufletas... Estaba con ese indecente de Serafín Quintana, que se llamaba mi amigo... Excuso decirte que hubo una escena.. A él le dije pocas palabras, pero buenas: —«¡Caballerol — exclamé con energía, — ¡estas manchas son de las que sólo se limpian con sangre!»

—¡Calla, por Dios, hombre! Pues ¿para cuándo dejas los polvos de gas?

—Después, salí dignamente, arrojándole al rostro mi tarjeta.

—¡Bravo! Y se quedaron solitos, para que á sus anchas gozasen la placidez en que les dejaba tu majadería...

—Pero ¿qué... rábanos querías que hiciera? ¿No es mi conducta la más digna que puedo haber seguido? ¿No era bochornoso para mí, eso de que yo pagase el *gasto* y otro disfrutase del *gusto*? ¿No hubieras hecho tú lo mismo en mi caso?

—¡Qué disparate! Poco me conoces si has llegado á suponer tal cosa... Mira: vienes acalorado por demás: ante todo procura sosegarté. Para ello, pediremos un *grog*, (que tú pagarás, pues me han dejado sin una peseta), y mientras tanto voy á relatarte un episodio de mis años juveniles, que acaso pueda servirte de ejemplo digno de ser imitado.

Paco asintió tácitamente á la proposición de su camarada, quien llamó al mozo, y, una vez servido el refrigerio, entre sorbo y sorbo de la excitante bebida, dió comienzo á su relato.

—Tuve, allá por mis años juveniles (y no es porque hoy sea viejo), una novia, á la cual quise con toda la vehemencia del primer amor.

Y la verdad es que se lo merecía todo.

Ella y yo teníamos por costumbre hablarnos á una hora fija, yo desde la calle y ella desde su balcón,

no tan elevado que nos obligara á gritar para entendernos, pero sí lo suficiente para que nos estuvieran vedados toda clase de escarceos que, aunque reñidos con el amor platónico, son tan disculpables entre los enamorados...

Un día, no recuerdo por qué causa, me adelanté á la cita. Debajo del famoso balcón había un hombre; apoyada en la barandilla estaba *ella* sonriendo al *otro*, con la misma sonrisa que á mí me deleitaba, envolviéndole en las mismas miradas embriagadoras que á mí me dirigía, tal vez, seguramente, pronunciando para mi odiado cirineo palabras análogas á las que yo grababa en mi memoria, creyéndome su inspirador único...

Una nube sangrienta me cegó; no recuerdo los detalles de aquella escena; vagamente, como reminiscencia remota, conservo la idea de un grito que rasga el espacio, de unas vidrieras que se cierran de golpe, y de un bastón que se levanta con intención de acariciar unas costillas, pero que se detiene en el camino y no llega á conseguir su propósito. Después, sin saber cómo, me encontré en una cervecería, charlando de manos á boca con el *otro*, con mi rival de *marras*...

Era mayor que yo: tenía más experiencia, por lo tanto, y de ello me dió buena prueba con sus palabras.

—Oiga usted, joven,—me dijo, sobre poco más ó menos;—hablemos con calma, y veamos lo que más conviene hacer. Si yo le hubiese respondido á usted en términos análogos á los que ha empleado para increparme, tendríamos que zurrarnos la badana; pero cuando uno no quiere, dos no riñen, y yo estoy decidido á evitar un lance que resultaría una verdadera ridiculez.

Yo, desconcertado por la sangre fría de mi interlocutor, le escuchaba estático.

—Ninguna mujer,—prosiguió el *otro*,—merece que dos hombres peleen por su culpa: mucho menos esa, que por lo visto, trataba de divertirse á nuestra costa... es decir, más á la de usted que á la mía; pues yo estoy curado de espantos. ¿No le parece á usted mucho mejor que nos pongamos de acuerdo para no coincidir otra vez debajo del balcón? Así conseguiríamos nuestro objeto de tener una novia, dejando que ella logre también el suyo de tener varios adoradores: ¿Qué trabajo nos cuesta? ¡No seamos egoístas!

Y allí se acabó aquello: dirigí una punzante cartita á la veleidosa nereida, noticiándole zumbonamente la determinación tomada por ambos pretendientes, y pidiendo que fijase las horas respectivas. Claro está que ella no contestó; pero luego supe incidentalmente que el disgusto que la hizo pasar su amor propio ultrajado, no era pequeño. Aquella fué mi última pasioncilla pueril: desde entonces he sido mucho más *positivista* en mis asuntos amorosos.

Y ahora viene la aplicación del ejemplo al caso práctico que tú presentas. ¿No sería preferible que, en vez de mandar tus padrinos á Quintana, le enviases una epístola anunciándole tu resolución de avenirte al prorroteo de *Fifi*?

—¡Hombre, hombre!—exclamó Paco, todo confuso;—pero ¿y el decoro?

—Las veleidades de *Fifi*, no son capaces de mancillar el tuyo.

—... ¿Y la venganza?

—¡Ah! ¿Quieres vengarte? Muy sencillo: en vez de prorratear á *Fifi*, se las cedes por completo á Quintana, añadiendo á la carta una posdatita, indicándole que su sostenimiento le costará tres mil pesetas mensuales. ¡Me parece que mayor venganza!



—El caso es que yo la tenía cierta afición...

—¡Bah, bah! También yo quería, y no poco, á la famosa novia de mi cuento, y sin embargo... Además, era una muchacha decente en apariencia, en tanto que *Fifi*... Por más que, después de todo,—añadió sentenciosamente el joven escéptico,—en este punto, las mujeres son todas iguales: de la niña más candorosa, de la mujer más honrada, con tal de que sea bonita, nada más fácil que hacer una *Fifi*, tan... *Fifi* como la que más: ¡Sabré lo que me digol...

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

EL CHISTE DEL CLOWN

INDUDABLEMENTE tenía Bik un corazón de roca, porque cuando supo la fuga de la mujer del director del circo con aquel rico limeño, poseedor de casi todo el guano de las famosas islas, lanzó una carcajada por única muestra de conmiseración y dijo á su esposa, una lánguida trigueña argentina:

—Esa huída me proporciona el gran chiste, un chiste que va á hacer época.

Y la hizo. Hablaba bien el castellano, aunque trabajando extrangerizaba la pronunciación para dar más color al ejercicio. Era el clown moderno, substituyendo á la bofetada el chiste, prescindiendo casi en absoluto de los tolondrones contra la arena, apelando al humorismo siquiera encanallado á veces, como dirigido al público de las galerías. Salía á la pista vestido de frac, caricaturando las prendas con unos pantalones anchísimos y un frac muy pequeño y prolongándose las órbitas de los ojos con negro y las comisuras de la boca con bermellón. Su positivo ingenio y su originalidad en las cuchufletas, singularmente en lo de las islas, habíale dado gran fama, produciéndole mucho dinero, con harto júbilo de la trigueña lánguida, voraz por el lujo y capaz de gastar una mina de oro.

* * *

—Pues señor — comenzaba el chiste después de



saludar con su sombrerito liliputiense y con un acento nasal, de maullido de gato, que ya predisponía á la risa — este ega un magido sogdo, ciego y mudo que se llamaba don Job... Risa general, pasada la cual proseguía:

—Don Job tenía una señoa, ¿come se dice en castellano? una señoa muy alegre de cogaras... no, de cascos, et de «tres» grande belleza, la «plus» salegosa que se paseaba por los «squares» de Nueva York. Pues señoa, que don Job poseía una «menagerie» muy abundante en fiegas, con las cuales trabajaba un domador famoso que por domar hasta domó á la esposa del amo de los animalitos — sin que don Job se enterara de la domesticación, como ega natugal, hasta que una vez...

El clown hacía una pausa; el silencio era tan grande que se oía la respiración de la muchedumbre. Tragaba el payaso saliva y continuaba con misterio:

—Una vez, lo que pasó va en seguida á oirlo el respetable público. Una vez, mientras el jefe de la «menagerie» daba de comer á las fiegas en el circo, la señoa salegosa huía del domicilio conyugal con el domador y tomando el primer tren ponían ambos pies en polvorienta. Cuando don Job se enteró ega ya tarde. ¿Dónde ir á pegsegiglos? Desconsolado vendió las fiegas y se dedicó á

buscarlas de tiega en tiega sin encontrarlos por parte alguna. Y he aquí que desembarcó en unas islas, en uno de cuyos pueblos no había más que hombres. ¡Qué cosa más garal! Ni una sola mujer. Y todos los hombres tenían la misma cara compungida y grave. ¿Sabe al gеспetable público lo que eran aquellos hombres, víctimas de sus propias mujeges? una colonia de esposos burlados! ¿Y saben sus excelencias cómo se llamaban aquellas islas?

El público, singularmente el de las galerías familiarizado con el estilo del clown esperaba la pregunta. Dos ó tres de los más distinguidos golfos de la localidad, aleccionados de antemano, gritaban:

—¡Las Filipinas!

—¡Las del Japón!

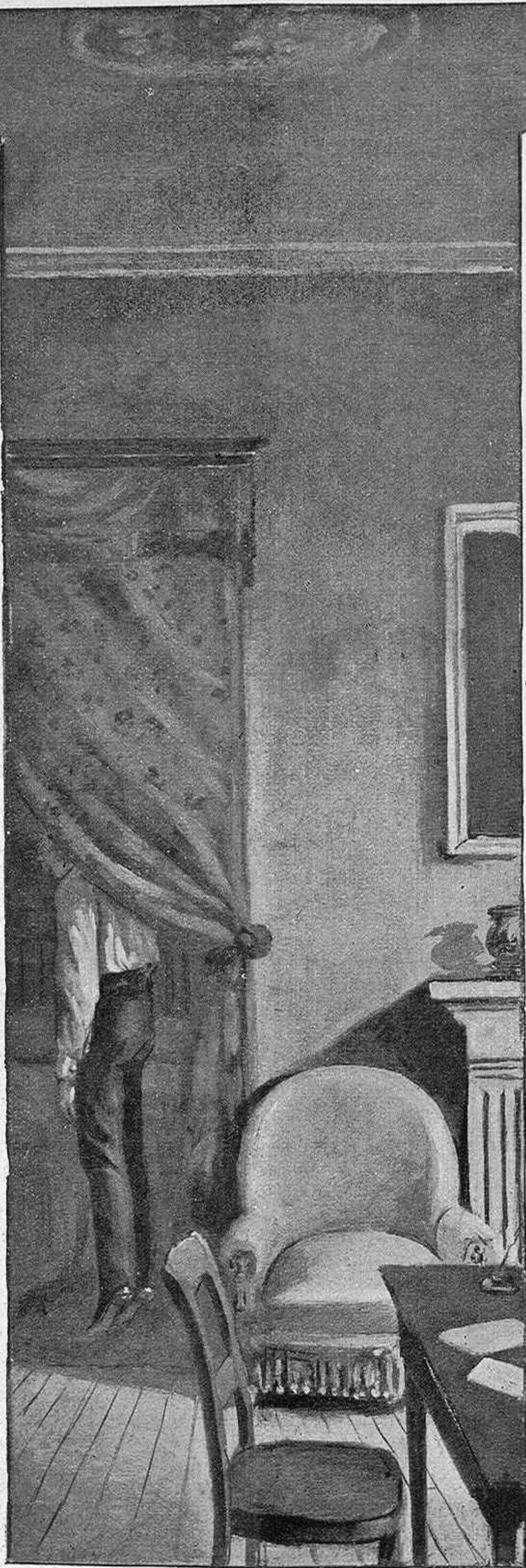
Y arrancando al público una monstruosa ovación, electrizado por el grosero pero intencionado chiste, concluía haciendo una reverencia:

—¡Las Chinchas!

* * *

Los periódicos de la mañana dieron un día la noticia de que el gracioso Bik, el popular clown del circo, había aparecido ahorcado del montante de la puerta en su cuarto del hotel. Según el ritual del suicida, había dejado escritas varias cartas. La dirigida al juez decía así:

—No se puede jugar con el fuego ni con la infamia. Toda mi reputación la de-



bo principalmente á un chiste sangriento, inspirado en la desdicha de una persona que me ha dado de comer muchos años y al que he llamado amigo. Mi mujer, á quien adoraba y de quien era yo esclavo, me ha abandonado huyendo con otro hombre, robándome cuanto yo poseía y dejándome en la miseria. Mi chiste encanallado se ha vuelto contra mí y me mato por no poder tolerar mi dolor, mi vergüenza y mi remordimiento. BIK.

ALFONSO PÉREZ NIEVA

LA SEMILLA

(FACETA)

ADMIRAN todos los bosques y las selvas; se extasia la mirada contemplando los robles añosos, los pinos altísimos, los majestuosos y bien olientes cedros, el baobab gigantesco que cubre con sus ramas extensiones inmensas. Se espacia la vista por los campos de trigo y piensa la mente enternecida que aquellas espigas doradas darán alimento á millares de hombres y que de ellas surgirá el pan ázimo que purifica las almas y los cuerpos. Con regocijo indecible se contempla el vergel cuajado de flores, el huerto rebotante de fruta.

¡Cuán pocos son los que ante el resultado que advierten piensan en la causa que lo produce! ¡Cuán pocos se acuerdan de la semilla diminuta que engendra el árbol gigantesco! ¡Cultivad la buena semilla y la cosecha será ópima! ¡Sembrad la buena palabra y cosecharéis buenas acciones!

* * *

Ilustraciones de P. BÉJAR.



UN CASO RARO

Muchas veces, amigo ateniense, dejan de suceder las cosas más realizables.

(ADOLFO ABOUT.)

Voy á contar un caso harto raro. Por su rareza, he llegado á veces á dudar de su realidad, bien que lo supe de persona muy formal é incapaz de chancarse con la desgracia.

¿Pero, me pregunto, no pudo ese, á su vez, ser sorprendido en su credulidad por otro de conciencia más elástica?

No seré yo, por cierto, quien se atarace el alma indagando acerca de si el relato que sigue es auténtico ó es apócrifo.

Un episodio sencillo y á la par conmovedor hirió mi imaginación cuando me fué narrado; y por eso, por mirar desprovista de todo artificio la acción que en él se desarrolla, y verla, en cambio, adornada con las galas de un delicado sentimiento, ha venido su recuerdo guardando un sitio en mi memoria, sin cuidarme de analizarla. Con sentirla me bastaba.

El doctor N., una eminencia médica, acababa de despedir al último cliente de los numerosos que aquella tarde habían acudido á su clínica.

Había alineado las sillas y dado una mirada á la ya recobrada simetría de los muebles y aparatos de su sala-consultorio, cuando, al poner mano sobre los papeles y demás útiles de su mesa-ministro, para ordenarlos, se abrió lentamente la puerta que daba acceso á la sala contigua, que era la de espera.

El doctor levantó los ojos y vió una mujer que, inmóvil, le miraba indecisa y tímidamente, como si esperase una indicación para franquear el dintel.

Una rezagada, pensó el Galeno; y le hizo una seña para que avanzara.

Era una joven de cara agraciada y esbelta de cuerpo. Sus ojos, verdes como los de Circe, se posaban con indefinida insistencia en los objetos; su mirar, mortecino y vago, el círculo amoratado de sus párpados y sus mejillas donde iba impreso el sello de honda tristeza, claramente indicaban que los males de aquella mujer tenían sus raíces en el alma.

Su aspecto general acusaba pobreza y desaliño y gran abandono de su propia persona.

—¿No me conocés, doctor? — preguntó, no bien éste le hubo señalado un asiento, que ella no ocupó.

—No recuerdo ..

—Soy Lucía, la hija de los mayordomos de la alquería... ¿Es posible que no recordéis á mi padre, á quien curásteis de una grave enfermedad?

—Muchacha, los datos que te traes son muy poco consistentes. Con ellos no puedo rememorar hechos antiguos, y el que tú citas probablemente no será muy reciente.

—Me remonto á 15 años. Poco más tarde, y en menos de ocho meses, quedé huérfana de padre y madre.

Mis padres os debían muchos beneficios y yo muchas caricias y golosinas. Si tal; sabed que todos los días, cuando salíais de ver á mi padre, os acercábais al corro donde yo retozaba con otras niñas y me acariciábais.

A medida que la joven hablaba su acento era nervioso y breve, como si tuviese empeño en abreviar minutos y resolver cuanto antes aquella situación.

—¿Recordáis ahora? — insistió con afán creciente. —¿Habríais, por ventura, completamente olvidado vuestras bondades?

—Cierto; algo acude á mi memoria; creo reconocer en ti á la retozona Lucía, de ojos verduscos, la hija

ELÍSEO MEIFREN



MARINA.

única del bueno de mayordomo, á quien conocí mucho antes de nacer tú. Pero, no me recuerdes favores de los que me di por bien pagado con haberlos dispensado; y dime pronto en qué puedo serte útil.

Un ahogado lamento se escapó del pecho de la moza, que de esta suerte, con palabras entrecortadas por la emoción, empezó á hablar:

—Doctor, bienhechor de mis padres, yo me casé hace algunos meses. Nos amábamos con un amor que no admitía parangón con ningún otro: tan profundo era... ¿He dicho *era*, doctor? ¡Ah, no; el mío es tan firme, más firme que antes... á pesar del cambio brusco é inmotivado de su conducta. Habéis de saber que, sin afectos en el mundo, en completo estado de lastimosa orfandad, yo le conocí y entregué mi corazón mirándole como al sér que Dios me enviaba para amparar mi debilidad y convertir mi sombría soledad en luminoso paraíso.

Al año justo de haber contraído entrambos eso que las gentes llaman compromiso y también promesa de esponsales, la cumplíamos mutuamente celebrando nuestra boda en la iglesia vecina y festejándola en el rinconcito que él había aparejado para pasar nuestra existencia allí, yo viviendo para él y él para mí. No sé cómo decir que aquel fué para ambos un día de dicha suprema. Veámos realizados nuestros propósitos y nuestros ensueños de felicidad.

A nuestro humilde hogar vinieron algunos amigos de mi marido, sus compañeros de trabajo, todos honrados y laboriosos operarios que, á su manera, sin retóricas pero con sinceridad, hicieron votos por nuestra futura prosperidad.

Desde entonces me sentí nacida á otra vida. Las horas que mi marido pasaba en el taller, pasábalas yo sola en casa, feliz, siempre con la sonrisa en los labios y el canto en la garganta. Hasta el canario parecía esmerarse en sus trinos y que participaba de mi alegría.

Lo que puedo aseguraros es que el sol, al menos el que entraba por mi balconcito, era más brillante.

Cuando él regresaba, compartíamos la cena que yo tenía preparada, y aquí también puedo aseguraros que nuestras frugales viandas sabían á delicias; tenían un sabor de que á buen seguro carecen los costosos manjares de los potentados, cuyas mesas, sobrecargadas de adornos, están vacías de atractivos.

Mas, ¡ay, doctor; qué prueba tan amarga me reservaba el cielo!

Tanta dicha fué muy corta. Llegó un día en que el canario enmudeció y el sol no brilló más.

Ese día, mi marido, sin haberle yo ofendido, sin haberle contrariado en lo más mínimo, ni dado el menor motivo de queja, dejó de tenderme sus brazos y de acariciar mi cabeza con su mano suave aunque fornida. Todo me indica que se arrepiente de haberme tomado por esposa, que vive hastiado de mi presencia y que me aborrece.

No me habla, no responde á mis caricias y ruegos; y, con ese lenguaje mudo que es cien veces más elocuente que el mejor discurso, me dice que todo entre los dos ha concluído.

Le interrogo, le insto á que siquiera me diga el motivo de su extraño comportamiento, y su crueldad llega al colmo: nada me contesta; me desprecia.

¡Oh, doctor! doctor; ¿vos que habéis favorecido á mis padres, vos que sois tan bueno, ¿queréis interesaros por la hija de aquellos que ya no existen, interponiendo ante mi marido vuestra autoridad é influencia, aconsejándole que vuelva á ser el mismo de antes?

Venid conmigo á casa, habladle, y él volverá á ser razonable, os escuchará y en nuestro nido renacerá la felicidad que se fué.

En estos ó parecidos términos hablaba aquella desventurada.

Acaso sus palabras no eran las mismas; quizás la exposición misma de su vida y de sus cuitas adolecía de alguna incoherencia propia del estado anormal suyo; sin embargo, en el fondo, lo que antecede es fielmente lo que ella le dijo al médico.

El cual, hombre de tanto corazón como cabeza, cogió el sombrero y el bastón, diciendo:

—Llévame á ver á tu marido.

Y á paso ligero llegaron quince minutos después á una casa de ruinosa apariencia.

La mujer se adelantó á su acompañante, y subiendo veloz la escalera, abrió febrilmente una puerta del piso último, cuando el médico apenas si había salvado la mitad de la ascensión.

—Entrad; allí está, invariable. Le he dicho ya que vos me acompañáis, y no parece dispuesto á bien recibirnos.

Asida su mano por la de la joven, el doctor entró en la salita del matrimonio. Un violento estremecimiento sacudió su cuerpo.

Sobre un modestísimo sofá, en posición supina y la cara vuelta á la pared, veíase tendido un hombre.

La sorpresa del facultativo fué momentánea, pues dueño inmediatamente de su presencia de ánimo, comprendió en el acto que bajo aquel techo se había desarrollado una escena altamente conmovedora.

Mas, ¿cuándo y cómo?

—Aguarda en la otra pieza, que tengo que hablar con tu marido,—dijo volviéndose á su compañera.

Y quedó breves instantes á solas con el difunto.

—Aquí,— se decía mentalmente,— ha ocurrido un drama misterioso, no común, pero humanamente posible.

Este hombre murió hace unos dos días. Su fallecimiento fué cuestión de pocas horas, determinado probablemente por una dolencia oculta.

Al verle muerto, su mujer, actor y á la vez testigo único de aquel cuadro, padeció un extravío mental. Es un fenómeno que la ciencia se explica perfectamente, y consiste en una de las varias formas que la locura afecta. Provócanlo diversas causas, entre las cuales la principal es una impresión terrible y repentina, que determina un estado mórbido, un desequilibrio del juicio, efecto de la imaginación sobreexcitada.

El doctor fué á reunirse con la pobre viuda que de su viudez no tenía conciencia.

—Tu marido duerme un sueño del que tardará en despertar. Mientras el sueño dure no puede habitar esta casa ningún sér viviente; déjale dormir en paz y tranquilo, y vente tú conmigo. En ti practicaré un precepto cristiano, que mande socorrer al desvalido.

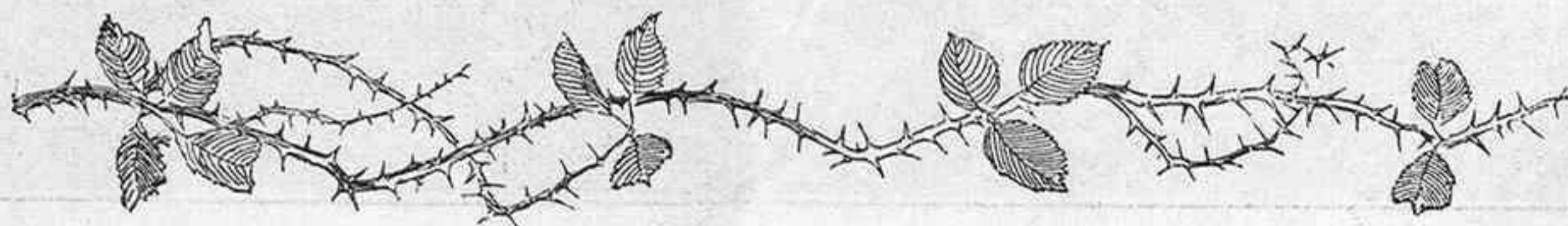
La joven dirigió una vaga mirada á aquella salida, donde ya no penetraba el sol, y lanzando un profundo suspiro salió á paso lento con el doctor, que ahora llevaba la delantera.

Este es el caso raro que iba á contar.

Repito que no respondo de su veracidad, y tampoco digo que sea invención de la fantasía; porque, con frecuencia, amigo lector, se realizan las cosas que parecen menos realizables, bien así como las que más lo son, muchas veces no suceden.

ANTONIO ASTORT

Ilustrado por V. BUIL.





1. — Supongamos la suposición de que yo puedo emanciparme... eso es, y me emancipo... ¡Ya está! Mi mujer ya no puede preguntarme dónde he pasado la noche, porque no tiene derecho... ¡Claro!



2. — Oye chico, ¿tú sabes lo que es derecho?... ¿Y emancipación?... ¿Y tu mujer no te pregunta nada cuando vas á casa?



3. — Sí, hombre; suponte que esta copa de aguardiente es un individuo, y esta de rom, otro; arrímalas y verás que siempre quedan separadas por el cristal; ¡pues ya está!... ese es el derecho.



4. — ¡Calma, ciudadanos! ¡Bueno es dar desarrollo á una idea, pero hay que frenar un tanto las pasiones, porque sino se pierde el derecho!...



5. — ¡Así va el mundo! ¡A un pueblo que se le quita el derecho en sus costumbres, no adelanta!



6. — Y en cuanto me ponga la vista encima mi mujer, ya está preguntando dónde he pasado la noche.

Fot.-Tip.-Lit. del «Album Salón».

